

cuando lo merecen. Haga lo mismo el padrino ó padre voluntario.

Aparato, a-par-acto. — Conjunto armónico *preparado* para algún fin.

En Medicina se llama aparatos á los conjuntos orgánicos; en Mecánica á las máquinas ó instrumentos dispuestos á funcionar por impulso extraño.

Este impulso, que en lo inorgánico pertenece siempre al orden definido, en la función viviente procede principalmente de un coeficiente indefinido, que se agrega al eficiente definido perteneciente á lo no vivo.

Aparecer, del latín *ad*, tendencia, y *parere*, aparecer. — Realizarse un fenómeno. Toda función desde su punto de vista fenomenal, *aparece* simplemente: es una *aparición* más ó menos fugitiva.

La aparición de lo infenomenal, es, por el contrario, una apariencia necesaria respecto de lo fenomenal.

Se supone á la apariencia como algo relativo á una realidad no aparente. Sin embargo, mientras esta realidad no viene á desmentirla, la apariencia subsiste confundiendo con ella. Cuando sobreviene la esperada realidad, es que otra apariencia, subsistente esta vez, relativamente á la anterior, ha venido á reemplazarla.

En cuanto la función de la ley se *hace* fenomenal, es también una apariencia. La apariencia más eficaz de todas es la apariencia de ninguna cosa, correlativa con la apariencia simultánea de un objeto fenomenal y un sujeto ley.

Sea cualquiera la cosa que aparezca en el Universo, ha de aparecer ó como extremo ó como término medio de una función, y la función en general *aparece* á su vez definida como térmi-

no medio entre lo definido y lo indefinido (función viviente).

Apariencia, a-par-iencia. — Lo que va á la *par*: lo que tiene dos puntos de vista (dualidad), reunidos en una función, que puede ser á su vez positiva, negativa, y ambas cosas á la *par*.

Toda realidad *va á la par* de una idea: es apariencia *exterior* de una idea.

También hay una apariencia interior de la idea, y á esta apariencia ideal se contrapone ya lo no aparente en absoluto, cero de exterioridad, dada así como posible. Esto en teoría.

Mas el cero teórico se exterioriza á su modo en la función de *hacer* la *apariciencia*, función de la *unidad* relativa á un *par*, *supuesto* como primitivo y fundamental (uno múltiple de los pitagóricos).

Nada más aventurado en la práctica que juzgar por apariencias, *si éstas son falsas*. Mas por apariencias legítimas hay que juzgar siempre.

Lo que se sobrepone á las apariencias es el *sentimiento* de la función suprema (vida), que aparece necesario en general para que aparezca todo en particular.

En esta función ha de sentirse el hombre mismo, como una *apariciencia* particular de lo que no puede aparecer en el pensamiento sin desaparecer correlativamente sumiéndose en lo desconocido.

Esta función de aparecer en el pensamiento lo desconocido y desaparecer lo conocido, es la que se reproduce indefinidamente, constituyendo cada una de sus reproducciones instantáneas una *teoría* de la *práctica* serial, que por ella es limitada y que la limita á su vez.

Teoría y práctica de consuno se

realizan particularmente en los seres vivos y sobre todo en el hombre.

Apartar, de *a* y *parte*. — Verbo representativo de la función, por la cual se distingue la parte de un todo. El análisis no hace más que apartar un elemento de una totalización, ideal ó real.

Apartando los elementos de un cuerpo vivo, ó al menos organizado, se hace su disección anatómica.

Es preciso, sin embargo, después de la disección, reintegrar el conjunto con el elemento destruido para llegar al conocimiento de sus partes.

Así también es preciso, después de reflexionar, devolver al sentimiento su realidad sintética.

Sin análisis, sin *apartar*, no hay función posible; pero tampoco es posible la función sin el límite que unifica los extremos apartados.

Del concepto de totalidad absoluta hay que apartar simplemente la negación implícita en tal afirmación. Definir una totalidad absoluta es indefinir lo no comprendido en ella. La síntesis correlativa exige la transacción entre ambas tesis: transacción en la cual se reproduce *en parte* lo que cada extremo aspiraba á significar en totalidad. De este consorcio nace la vida orgánica, pequeño cosmos, del cual, como del grande, se aparta lo indefinido.

Lo indefinido en el vegetal, necesita igualmente definirse en parte, y lo hace mediante el sentimiento; y el sentimiento indefinido á su vez, se define también en parte, mediante la reflexión. Esta última es la tercera potencia de la función de todas las funciones de apartar y totalizar, (indefinir y definir).

Apatía, del griego *a*, sin, y *pathos*, pasión. — Falta de pasión.

La pasión no puede faltar en el reino viviente, ni aun en el fondo de cualquier actividad, porque no se concibe lo activo sin el límite de lo pasivo. Pero puede faltar relativamente en cantidad, y variar en sus modos cualitativos. Así es como pueden concebirse apatías de diversas formas; impasibilidad, insensibilidad, indolencia, indiferencia y aun escepticismo.

La apatía en general no solo supone falta de pasión, sino falta de actividad en la producción pasional. Cuando esta falta de actividad general (ideal), no se extiende á otras esferas, el apático podrá, á pesar de ella, ser un buen agente del bien.

Pero lo mejor es que se apasione el pensamiento por grandes ideales, dentro siempre de los límites necesarios para el sano ejercicio de toda las funciones de la vida.

Se relacionan con la apatía muchas palabras con géneres y en especial la simpatía y la antipatía.

La simpatía y la antipatía son lados positivos, que se niegan simultáneamente por la apatía ó la falta de pasión.

Apeadero, a-pie. — El instante presente con todo su contenido es el apeadero de la vida. El apeadero suele ser también punto de parada. ¡Ay del que se para en el apeadero de la vida! Muere instantáneamente y allí le entierran.

Pero se puede apeear sin dejar de andar á pie, si se apea de un caballo cuyo andar no le convenga. Esto es lo prudente.

Quien no se apea y sigue andando sin parar nunca, es el que no quiere filosofar, contentándose con sentir. Quien se apea sobre el motor pensamiento en general y sigue dejándose llevar por él inconscientemente, es el

filósofo teórico. Quien sigue andando á pie sin buscar apeadero, es el filósofo práctico. Quien apeado ó andando tiene la conciencia clara de que aun apeado sigue andando, llevado por su pensamiento, es el teórico-práctico, el viviente. Quien se para á su entender definitivamente, es el que forja una teoría absoluta, dejándola en herencia á los viajeros que le hayan de suceder.

Aunque apeadero instantáneo, que no se hace más que *mirar al paso* en un instantáneo presente, es tan indispensable para la vida, como que sin él todo *se disolvería*.

La fortuna es que no sólo se presenta el apeadero en ese instante presente, sino que se representa mientras vivimos, como centro de toda circunstancia en el espacio, y como principio definido con fin indefinido en el tiempo.

Apedeuta, del griego *a*, privativo, y *paidentos*, docto.—El ignorante que quiere pasar por listo. Tales son en Medicina los charlatanes y curanderos. Tales son en el ejercicio de la inteligencia los que ofician de maestros, ó se empeñan en ocupar altos puestos y en gobernar y mandar á los demás sin servir para el caso.

Se necesitan títulos, no solamente en papel sellado, sino inscritos en el registro intelectual, para ejercitar con justicia y derecho suficientes, las altas funciones del pensamiento.

Apelar, voz derivada del latín.—Eximirse de la jurisdicción de una ley acogiendo á otra ley.

Contra la ley impuesta por el positivismo objetivo, protesta el pensamiento acogiendo al negativismo ó sea al idealismo; contra ambos protesta un positivismo superior al simple positivismo y al simple idealismo,

que comprende á los dos en una afirmación común.

La última apelación es la que se hace á la función viviente del pensamiento; la cual, delegada á los hombres, dicta sus fallos desde el *tribunal supremo* de la conciencia, teórico-práctico y viceversa.

Apelon (DE TEOS), bibliófilo de la escuela de Alejandría, de cuya biblioteca se dice que tomó Sila las obras de Aristóteles, que en ella se habían conservado.

Por escasez de ejemplares estuvieron á riesgo de perderse todas las obras filosóficas de más mérito, como se perdieron muchas de esta índole, lo mismo que las poéticas, artísticas y toda clase de monumentos de la actividad humana.

Por exceso de ejemplares, y sobre todo de publicaciones de todo género, solo podrá conservarse en el más remoto porvenir una parte, cada vez más pequeña, de cuanto se vaya acumulando.

Apellido, de apelar, apelativo.—A las personas y á veces á las cosas no les basta un nombre; necesitan un apellido. Si el nombre designa un individuo en general, el apellido distingue la particularidad correspondiente á aquella generalidad. El nombre sólo no define si no es nombre y apellido á un mismo tiempo. El apellido es el *modo del sustantivo* nominal.

Así las personas como las cosas pueden no ser conocidas por un solo apellido, sino por un número indefinido de ellos.

Cada *distinción* de cualquier categoría, es un apellido que recae sobre la correlativa identificación.

La análisis da un apellido á los elementos de toda síntesis sometidos á su examen.

La crítica de la cosa se da á sí propia tantos apellidos cuantas categorías reconoce.

Apetito, del latín *ad*, cerca y *petere*, pedir.—Pasión animal; pasividad, que una vez reconocida, puede ser dominada por la razón.

Este dominio de la razón se ejercita siempre por ministerio de la libertad, que es el poder ejecutivo de la república racional.

El apetito en el sér dotado de razón, desciende á segunda línea, y no pasa de ser considerado como fenómeno, enfrente de las leyes de la inteligencia.

Por desenfrenados que tenga el hombre sus apetitos, siempre le asiste libertad para decidirse en pró ó en contra de ellos, si conserva conciencia de sí propio, y, con ella, de las principales leyes que le sirven de base y fundamento.

En el momento de la deliberación es en vano buscar el agente que ha de dirimir el conflicto; si le hubiera, el conflicto no existiría: habría cesado ya.

Pero mientras se delibera, la pasión y el criterio moral se están haciendo; crecen y crecen más, menos, ó lo mismo, cada uno de estos extremos.

Supónese que la suspensión del ánimo cesa en cuanto crece uno de los extremos hasta superar al otro. Pero el caso es que el crecimiento de ambos extremos nace de un solo centro, el eje individual, indefinido y libre. Suya es la iniciativa y suya será la responsabilidad del acuerdo que resulte, en cuanto se preste á sufrirla como organismo constituido.

Apetito ordenado.—Apetito significa un modo pasional que recae más sobre la realidad exterior que so-

bre la idea. Conviene que uno y otro sean ordenados.

El apetito es uno de los factores que figuran en las funciones prácticas, regidas por verbos dotados de sus condiciones: de modos, tiempos y personas.

Para comer, por ejemplo, se necesita: 1.º querer, 2.º poder, 3.º tener que comer, 4.º tener apetito.

Para filosofar se necesita: 1.º querer, 2.º poder, 3.º tener algo que entender y 4.º tener gana de filosofar en momento determinado.

El apetito ordenado del filósofo le lleva, como el ordenado del que come, á alimentarse *moderadamente*, sin caer en excesos que producen indigestiones y otros males, así morales como físicos.

Apice, del latín *apex*.—Lo más lejano de un cuerpo que va menguando y utilizándose. Se concibe que, siendo característico de los cuerpos el ser divisibles, ninguna punta, por aguda que se la suponga, dejará en absoluto de ser divisible. Pero puede ser relativamente indivisible en tan alto grado, que se distinga obstinadamente de toda superficie continua, por pequeña que se la sienta.

No de otro modo lo *indefinido* en la vida es incomprendible en absoluto, y, sin embargo, el sentimiento práctico lo demuestra, en relación, en cuanto se siente la vida.

Así se sienten la unidad y la libertad en las funciones vivientes.

Aplauso, de *a*, *plauso*, dar palmadas.—Muestra de asentimiento ó consentimiento prestado á cuanto aparece bueno, bello y verdadero.

Debe aplaudirse, en efecto, lo bueno en general; pero también aplaudir de lo malo quien lo halla bueno en particular.

¿Cómo lograr una colectividad humana, que aplauda sólo lo bueno, y no lo que interese á cada individuo?

El aplauso y la censura deben usarse con medida, según los sujetos y las circunstancias.

Instintivamente conoce el que es avisado, cuándo y hasta qué punto conviene aplaudir, para que resulte una recompensa proporcionada al mérito contraído, y un bien colectivo para el curso general de los acontecimientos humanos.

Aplicar, del latín *ad*, cerca, y *plicare*, plegar.—Relacionar exteriormente un fenómeno con otro, ó un fenómeno con una ley, sin determinar entre ellos una relación íntima, que haga desaparecer el carácter primitivo de los factores relacionados. Se aplica una doctrina á cierto número de hechos, sin que se refundan los hechos en la doctrina, ni la doctrina en los hechos.

La operación mecánica de *plegar* simboliza de modos muy variados las funciones del pensamiento. Pueden citarse por de pronto los verbos aplicar, implicar, explicar, replicar y complicar.

El pensamiento se *aplica* á las cosas pensadas. El pensamiento de las cosas *implica* cosas pensadas. Las cosas pensadas implican el pensamiento. La *transacción* entre el pensamiento y las cosas se *aplica* á la *explicación* de las relaciones *implicadas* en la función común, y contra una solución *replica* otra distinta, *complicando* la cuestión.

Apócrifo, del griego *apo*, lejos, y *krypto*, yo oculto.—Lo presentado falsamente como representativo de alguna cosa. En griego equivale á *oculto* ó *secreto*, y en efecto, *oculta la verdad*. Puede decirse que el sentido posi-

tivo en que suelen tomarse exclusivamente las leyes ó generalidades es apócrifo; porque lo general tiene su número como el fenómeno, según diría Kant, y cuando oculta este número (lo indefinido ó libre) convirtiéndose en ley absoluta, comete una falsedad. La ley ha de verse á sí propia en el espejo de la función, donde se verá *haciéndose*, y no simplemente hecha.

Apodictico, del griego *apo*, lejos, y *deikmio*, yo muestro.—Llábase así lo evidente, lo que se demuestra por sí solo.

Por sí sólo aparece el sentimiento de los objetos exteriores, y como se ven con los ojos esos objetos exteriores, ve el pensamiento objetos interiores, que son, sus formas propias: leyes respecto de la experiencia externa.

No basta, sin embargo, ver; es preciso sentir que se ve *por fuera*; y que por dentro no se hace más que ver otro *fuera* respecto de algo que ha de quedar siempre más adentro.

Sintiendo esto, se siente también que la evidencia apodictica está sujeta á reservas, análogas á las de la evidencia que *nos viene* por conducto de los sentidos.

Hay entre ambas videncias la distinción de que la externa es como acabamos de decir, una videncia que viene de fuera y, ó no se va, ó si se va es para no volver por sí misma; y la otra es una videncia que viene de dentro y de continuo se va para volver instantáneamente, mientras dura la vida interna.

La ventaja resulta á favor de la videncia interna (evidencia), que se va y vuelve; al revés de la videncia externa, que se va también para no volver.

Apogeo, del griego *apo*, lejos, y *gheo*, tierra.

Todas las cosas van acercándose, tanto más á su apogeo cuanto más se alejan de su base definida y se acercan á lo indefinido, sin perder por completo la base en que se apoyan.

¿Cuándo llegará la Filosofía á su apogeo?

Si se hace sinónimos filosofar y saber, nunca.

Si nos contentamos modestamente con filosofar, alcanzará su apogeo cuando se haya penetrado el pensamiento de que filosofar es vivir respirando una atmósfera indefinida, como el cuerpo vive respirando la atmósfera que nos circunda.

Apología, del griego *apo*, fuera, y *logos*, discurso.—Discurso destinado á realizar el valor de alguna persona ó cosa.

Ningún discurso puede hacer la apología de una persona, mejor que la que hacen sus propias obras. Las obras del mundo inorgánico tienen valor físico-químico. Las del mundo viviente tienen además valor moral.

Hasta las plantas valen más vivas y dotadas de *buenas costumbres*, que, cuando fabricadas de lienzo ó de estuco, carecen de lo más precioso, que es la vida.

Apólogo, del griego *apo*, fuera, y *logos*, discurso.—Narración ó historia, que propende á asentar un precepto moral.

Se ha censurado á los artistas que subordinan el arte á la moralidad; pero es preciso que la moralidad no se ofenda por el arte, y tampoco hay que olvidar que si moralidad y arte se distinguen en un sentido, en otro se identifican como modalidades que son del bien en general.

Apolonio de Tyane, filósofo

neo-pitagórico de la escuela de Alejandría, que recorrió casi todo el mundo conocido en su tiempo, oficiando como apóstol y profeta. Predicó la caridad y el culto *interno*. Se hizo adorar como un Dios, bajado del cielo á la tierra, y se le atribuyeron milagros.

Fué, en una palabra, una nota consonante con el espíritu de su época, en la cual había de surgir, perfeccionada, la última y verdadera Religión.

Aportación, función de llevar de una parte á otra.

Aportación á la vida filosófica.—La vida es un contrato de familia entre dos cónyuges: la teoría y la práctica. La teoría aporta á la familia el objeto definido y el sujeto indefinido (el sujeto y el *predicado* de la oración gramatical).

La práctica aporta el verbo (la función, la transacción entre los polos teóricos subjetivo y objetivo).

El verbo por su parte, único en su totalidad abstracta, aporta dos medios (activo y pasivo), y tres tiempos (pasado, presente y futuro) en su particularidad práctica correlativa.

Aporreticos.—Así se llamaba el último de los cuatro grupos que se formaron para interpretar la doctrina de Pirron. El primero era el de los que *buscan* la verdad, el segundo el de los que *examinan*, comparan y estudian. Componían el tercero los que permanecen en *suspense*, y el cuarto (aporreticos) era el de los que acababan por dudar, fijándose en la duda y sosteniendo con argumentos que creían irrefutables, la legitimidad de sus juicios respecto de la ciencia.

A la verdad, la escéptica no se ejercitaba contra aquello que se asienta por el sentido común para usos de la vida; se encaminaba contra las pre-

tensiones sistemáticas exclusivas y con pretensiones de absolutas.

Al cabo venían á asentar que *todo es relativo*; pero en aquella época parecían *sin duda* poca cosa las verdades relativas.

Y sin embargo ¿qué más puede pedir el hombre que *relacionarse* lo mejor posible con todas las cosas que *va pensando* en el transcurso de su vida?

Apostar, de *a* y *puesto*. — Valorar la creencia en algo, que se hará efectivo cuando la certidumbre la reemplace.

El que apuesta confía en acertar respecto de un hecho pasado, presente ó futuro, y á la prueba se remite.

Las apuestas suponen un sentimiento exagerado de lo que se piensa como verdad. Cuando menos se espera suele venir algo que demuestra la posibilidad del error, no tenida en cuenta.

Apostasia, del griego *apo*, lejos, y *stasio*, estar. — Abdicación de una fe religiosa antes profesada, y aceptación de otra distinta. Siendo la religión una en el fondo (en general), aunque con distintas formas, sólo se puede apostatar una forma; pero dependiendo la forma religiosa más bien del espíritu colectivo de un pueblo que del espíritu individual, comete siempre una falta respecto de la sociedad el que prefiera su criterio propio, para exigir modificaciones en la religión de un pueblo, y, lo que es más grave, para aceptar sin modificaciones la de otro. Si la apostasia obedece á móviles ilegítimos, extraños al orden místico, aumenta mucho la gravedad de la falta.

A-posteriori. — Lo que se concibe de fuera á dentro sugiriendo ideas enfrente de los hechos de experiencia externa. La idea *madre* de todas

las ideas, la idea indefinida, es la que, fecundada por lo definido, da de sí la serie ideal correlativa con la serie real.

Apóstol, del griego *apo*, lejos, y *stelo*, yo envío. — El enviado divino para imponer una religión. El que se considera ó es considerado con *misión* para defender una idea.

Los apóstoles de la religión de Jesucristo fueron doce; los de la ciencia pura son unas cuantas docenas de hombres que, de tarde en tarde, se dedican exclusivamente al culto de la verdad. En el jardín del entendimiento, la verdad necesita ser cultivada; pero los hortelanos que la cultivan empíricamente, ahogan con su número á los agrónomos que abordan la investigación de leyes racionales para el cultivo.

Los apóstoles de la ciencia predicán á menudo en el desierto.

Apóstrofe, del griego *apo*, lejos, y *strophe*, rodeo. -- Frase ó discurso, encaminado directamente á una persona ó cosa, presente ó ausente.

Bien puede decirse que los objetos exteriores son un apóstrofe continuo para el sujeto que los siente.

Apotheosis, del griego *apo*, alto, y *theos*, Dios. — Declaración de naturaleza divina, hecha á favor de alguna persona ó cosa. Toda religión es en el fondo una *apoteosis* de funciones humanas. Pero ninguna función humana puede ser declarada divina, sino á lo sumo símbolo de la divinidad.

Apoyar, del latín *ad*, cerca, y *podium*, poyo. — Afirmar ó suponer algo como base de sustentación de otro. Contribuir á la consignación de una ley, de una idea ó de un hecho.

La fuerza ha de apoyarse en algo para poderse ejercitar; lo activo se apoya en lo pasivo, lo indefinido en lo defi-

nido, el pensamiento en el cuerpo.

Tan imposible es una fuerza sin apoyo, como un apoyo que no apoye cosa alguna.

Apreciar, de *a* y *precio*. — Cuantificar y calificar los fenómenos, las leyes y las funciones.

Cada cosa tiene su precio en mayor ó menor cantidad de su *misma especie*. El aprecio entre valores de distintas especies es difícil de calcular, y nunca se hace con exactitud cuantitativa.

¿Quién puede apreciar con seguridad lo que vale un medio externo para la realización de una idea?

Apremiar, del latín *premere*, oprimir. — Forzar la voluntad con la intervención de móviles poderosos.

La pasión y el entendimiento suelen apremiar, cada cual por distinto lado, poniendo á prueba la moralidad de los individuos. El triunfo no pertenece á ninguno de estos elementos, sino á la libertad, que es el jefe de ambas partes beligerantes.

Lo que más apremia es el reloj, contando los minutos y los instantes que puede durar la *deliberación* de un acto.

Aprender, del latín *prendere*, coger. — Nutrirse el entendimiento con la asimilación de datos particulares. El que aprende robustece su inteligencia tanto como la debilita el que olvida.

Sin aprender contrastando con olvidar, no se realizaría la vida del pensamiento. El animal aprende pronto lo que necesita para vivir: su sentimiento, aunque inconsciente de sí propio, es función que se sobrepone á la vida vegetativa, se nutre autónomamente y respira lo indefinido, sin saber que circula, se nutre y respira; porque la función de saber es enfren-

te del sentimiento, una generalidad que sólo se define como ley en la conciencia reflexiva.

En esta conciencia *reflexiva* es donde se olvida por un instante el coeficiente indefinido de la vida; pero se le aprende de nuevo, en el instante mismo, al sentirle como *sujeto* coetáneo con toda relación sentida al propio tiempo (yo).

Aprensión, *a*, privación y *prensión*, de coger. — Concepto infundado; sentimiento vago respecto de alguna cosa. Todo el mundo experimenta en el fondo de su alma cierta apreñsion vaga, que, sometida al análisis de la razón, es desechada; pero reaparece inoportunamente en el sentimiento como revelación de algo imposible de *conocer*, aunque necesario de *sentir*.

Apresto, *a-estar*. — El apresto se refiere al espacio, á lo que en él está.

El espacio presta estabilidad y consistencia al tiempo.

El tiempo presta movilidad y vida al espacio.

Viviendo en el espacio nos aprestamos para vivir en el tiempo, triunfando de la muerte con que nos amenaza *continuamente* el espacio mismo.

A la continua amenaza del espacio se opone la continuada protesta del tiempo, hasta que nos arranca el alma, sin decirnos de antemano á qué espacio la lleva, *fuera* del espacio real, en su espacio imaginario.

Apresurar, del latín *a*, privativo, y *pressura*, presión. — Sustituir presión á presión: la presión genuina, que es la de los cuerpos, con la presión figurada, que es la del tiempo.

Así resulta el movimiento apresurado.

Apresurando el movimiento se aprovecha el tiempo, pero apenas

queda tiempo para reflexionar lo que se hace.

A-priori, método filosófico que consiste en partir de una síntesis determinada, descendiendo á su análisis, determinado también cada vez en mayor grado. No hay otro método posible durante la inmovilidad de la función reflexiva. En un momento dado se impone una síntesis, que sólo aparecería como un dato, si se la considerara en la sucesión, en la historia.

Mas á la reflexión hecha se opone siempre el sentimiento que la hace. En absoluto no es ella *à-priori*, como tampoco el sentimiento. Relativamente, sí, va primero la reflexión en *teoría*; mas en la *práctica* va primero el sentimiento; y si tomamos en cuenta que no hay medio de vivir humanamente sin teoría y sin práctica coetaneas, y reproducidas cada vez que aparecen eclipsadas por un instante, concluiremos que *à-priori* y *à-posteriori* son correlativos indispensables el uno para el otro, y que nada se hace *à-priori* sin que por algún lado se apoye en el *à-posteriori* y recíprocamente.

Aprobar, del latín *ad*, cerca, y *probare*, probar. — Adherirse á la prueba; relacionarse positivamente con lo que aparece probado ó demostrado por la función del pensamiento. Todo el mundo aprueba ó desaprueba con arreglo al código legislativo escrito en su pensamiento. Pocos caen en la cuenta de que ese código se está escribiendo continuamente, y sin esto dejaría de ser tal código escrito.

Apropiar, del latín *ad*, cerca, y *proprius*, propio. — Hacer propia alguna cosa; convertir en estenividad legalmente acumulada por un individuo, algo del mundo exterior. Hacer de la función representada en general

función representada de sí propio. El hombre, en general, se apropia el mundo, por derecho que tiene también en general. Pero el hombre, en particular, sólo tiene derecho particular, legislable por la costumbre y por la intervención del Estado, intérprete de la función común.

Aproximación, de *a*, y próximo. — Recurso soberano para ejercitar la teoría de la relación.

Dado que sea necesario consignar la teoría de identificar distinguiendo y distinguir identificando, el problema de la práctica se reduce á llegar al máximo y al mínimo de aproximación posible: 1.º á los dos polos; 2.º al término medio en que se coordinan lo mejor posible la distinción y la identificación.

A la proximidad se opone la *distancia*, y hay que huir de que la distancia entre los elementos relacionados perjudique á la proximidad y viceversa.

La convergencia en el término medio es lo que en la práctica exige mayor *aproximación*.

Por aproximación resuelven las matemáticas sus más árdus problemas.

Aproximar. — Acortar la distancia entre dos objetos, entre dos ideas ó entre un objeto y una idea.

La aproximación entre lo ideal y lo real es todo el bien que podemos prometernos. El mal negativo es el simple alejamiento, y el mal positivo ó particular la perturbación que destruye en alguna parte el equilibrio conveniente entre la realidad y la idea.

Aprovechar. — Hacer un bien mediante la intervención de un determinado objeto.

El objeto que más conviene apro-

vechar es el más inmaterial é intangible: el tiempo.

Aptitud, del sanscrito *aptò*, yo logro. — La posibilidad demostrada de hacer un individuo alguna cosa. Demuéstrase la aptitud por caracteres ideales, lo mismo que por caracteres físicos.

En una buena organización social ha de cuidarse mucho de fomentar el libre ejercicio de las aptitudes especiales de cada individuo, para concurrir al bien común.

Apuleyo, platónico ecléctico del segundo siglo. Estudió la manera de fijar matemáticamente las combinaciones de las proposiciones posibles, para constituir silogismos, valederos ó no.

Este estudio ha ocupado después á cuantos han fijado su atención en la forma silogística, preconizada y analizada profundamente por Aristóteles, y hasta Renouvier se dedicó muy recientemente á perfeccionarla todo lo posible.

Aun cuando pocas veces se utiliza en la práctica, no deja de ser beneficiosa la teoría del silogismo, para consignar relaciones interesantes entre las diversas formas de la proposición en general.

Apurar, a-pureza. — Decir *puro* es un modo de calificar lo que se califica también con las palabras simples: único, aislado, absoluto. Apurar es acercarse á un polo absoluto, como lo es también depurar y purificar.

Si este polo absoluto es la perfección moral, la pureza resulta inestimable.

El hombre apura los medios posibles para la realización de sus designios.

Se apura al deudor para que pague lo que debe.

Las circunstancias pueden poner al hombre en grandes apuros.

En cambio se depura la verdad, extremando su limpieza de sombras que la empañen, y se purifica el metal privándole de la escoria. En el primer caso se apura la actividad del pensamiento, y en el segundo la de la mano, para la realización de lo ideal.

Por haber apurado el acto hasta concebirlo absoluto, concibió Aristóteles el acto puro como dictador y tirano filosófico.

Aquel, á-cual. — Pronombre que se aplica á lo más lejano en el espacio y en el tiempo.

Lo más lejano de nosotros, como superioridad en grandeza, calidad, tiempo, causalidad y beneficencia, es *Aquel* á quien llamamos *Dios*.

Aquí y acá, del latín *hic*. — Designaciones positivas de sitio determinado, se distinguen en tener el acá, como el allá, significación más vaga que el aquí y el allí.

Cuando se advierte una errata en un escrito, se señala donde está, diciendo: *aquí*, y no se dice *acá*.

El hombre anda de aquí para allí en este mundo perecedero, y apetece allá arriba la vida póstuma. «De aquí para allí, de acá para allá.... la vida se vá», es frase que indica los diversos senderos de la vida. De aquí para allí, entre los polos ó límites prácticos positivos: de acá para allá, entre los polos teóricos absolutos correlativos: todo y nada.

Ara, del griego *airò*, levantar. — Losa del sacrificio.

El bien común es el ara en que debe el hombre sacrificar su bien individual. Su conciencia es el ara en que debe sacrificar sus malos pensamientos.

Los altares que levantamos sobre nuestro suelo son símbolos, no más, de esas grandes aras levantadas en la inteligencia.

Aratus, poeta que escribió en verso las descripciones de Eudoxio, astrónomo de la escuela de Alejandría, anterior a Ptolomeo.

Arbitrio, voz derivada del latín. — Arbitrio tiene el mismo sentido general que albedrío; pero se usa de modos algo distintos.

No se dice libre arbitrio, sino libre albedrío.

En cambio se aplica más bien el nombre de árbitro al que usa ó abusa del libre albedrío.

Así se dice que un acto es arbitrario, cuando se ha ejercitado libre, pero injustamente.

No hemos recibido los hombres el don de la *albedrialidad* para convertirla en arbitrariedad, sino para conformarla con la ley.

La enseñanza de la buena vida es ley con libertad y libertad con ley.

Arbol, del latín, *arbor*, y del sanscrito *urvara*. — Ser viviente que en el palacio de la vida se queda lo más bajo posible en provecho de lo más alto.

Ser de humilde condición que, á pesar de su humildad, nos protege con su sombra, nos alimenta con su fruto y nos recrea con su frondosidad y sus flores primorosas.

Arbol somos nosotros, cuyo humilde tronco sustenta un alma privilegiada, lindante con la divinidad.

No nos desvanecemos en las alturas á donde alcance el pensamiento: acordémonos de la humildad del tronco que nos sustenta, y que no por humilde deja de tener el alma necesaria para vivir.

Arca. — El misterio es un arca ce-

rrada, que guarda la función, ó sea la alianza indisoluble del fenómeno y la ley.

El arca del *testamento* de la religión mosaica era el misterio que guardaba la alianza de la ley divina con el género humano.

Sin el arca misteriosa que la guarda, no hay alianza posible entre lo definido y lo indefinido. El arca puede ser de hierro, ó de espíritu, ó de carne viviente; pero siempre será un arca representante del misterio, evocado por cuanto se sabe, como receptáculo y cuna del saber.

El arca del pensamiento reflexivo es el sentimiento que le atesora en su síntesis instantánea; la del sentimiento animal es el cuerpo vegetativo, la del cuerpo vegetativo el planeta en que vive y el sistema astronómico que circunda á todo ser viviente.

Pero hay un arca superior á las demás, y es la que lo encierra todo, así el pensamiento como mundo exterior, en ese círculo que forman la inmensidad y la eternidad (identificadas en un solo sentimiento de pura indefinición) alrededor de cuanto, pensado y realizado, sale de las entrañas de su insondable profundidad.

Arcagato, primer médico no empírico que ejerció la medicina en Roma.

Introdujo en la práctica consuetudinaria del país en que ejercía, reformas procedentes de la ilustración alejandrina, dejándose llevar por las teorías algo más allá de lo que consiente la severa doctrina hipocrática, é inclinándose al atomismo.

Arcaísmo, del griego *archê* y *archaios*, antiguo, principio. — Incurre en uso, vicioso ó no, de antigüedad, (arcaísmo) el que habla desenterrando frases que el tiempo había arrebatado

del uso común. Este es un arcaísmo voluntario, que puede parecer impertinente.

Pero ¿qué es sino arcaísmo el uso involuntario que hacemos todos de la lengua de nuestros mayores? Imitar las costumbres de nuestros padres es nuestro recurso, para no decaer del grado de cultura á que llegaron.

Toda filosofía, toda ciencia, toda tradición humana, es un arcaísmo no vicioso, sino por el contrario provechoso y necesario.

Arcano, de *arca*. — Lo escondido y conservado fuera de los límites del conocimiento actual, como lo está fuera de la vista lo que se encierra en un arca.

El arcano es indispensable, porque todo contenido reclama un continente que al cabo es desconocido. El sujeto humano, abstractamente considerado, es en cada momento de su vida un arca cerrada, dentro de la cual nada se vislumbra; sólo se supone algo indefinido y definible á la manera de lo anteriormente definido.

Arcesilao, filósofo escéptico de la *Nueva Academia*, sucesora de la de Platón.

Consignó, entre otras proposiciones notabilísimas, la de que la ciencia absoluta es imposible.

Combatió principalmente la teoría estoica de tomar por criterio de verdad la consciencia inherente ó la *fantasia cataleptica* (el sentimiento inmovilizado). A esto replicó que la consciencia puede pertenecer lo mismo á la percepción falsa que á la verdadera, y eliminó así todo criterio de verdad.

A este criterio sustituyó la verosimilitud y la probabilidad.

El escepticismo de Arcesilao, es muy prudente; demasiado prudente;

pues sin faltar á la necesaria prudencia, puede acometerse la averiguación de importantes relaciones, así teóricas como prácticas, ajenas al caso concreto de apreciar verosimilitudes y probabilidades.

Arco, del latín *arcus*. — Parte de una curva, que no llega á comprender un espacio particular.

La línea curva se distingue cualitativamente de la recta. Es y no es, en cada uno de sus puntos, la simple identificación de dos puntos. Identifica dos puntos, mediante un intervalo lleno ó definido (el coseno de la curva) distinguiéndolos simultáneamente mediante otro intervalo vacío ó indefinido (el seno de la curva).

Es de esta manera la curva, símbolo gráfico geométrico de la transacción entre un punto geométrico y la ausencia total de puntos.

Así se forma la especie geométrica, símbolo de la generalidad que, transigiendo á su vez con la particularidad, origina el individuo en un momento dado de su existencia (curva cerrada).

El arco es en geometría lo que no se puede medir exactamente; en arquitectura obra difícil y elegante, que revela un estado avanzado de la evolución artística; en formas orgánicas la más suave y graciosa; en la naturaleza, la magnífica apariencia de las sublimidades del cielo, nuncio de paz después de las tormentas; y en el pensamiento la transacción que ameniza la vida y sobre la cual estriban, como construcciones gigantescas sobre robusto cimiento, las esperanzas del porvenir.

Arco iris. — La luz que atraviesa con ciertas condiciones una nube transparente toma la forma de arco iris. Así es *como* se forma; pero ¿por qué se forma?